

# LA DECADENCIA NAVAL OTOMANA TRAS LEPANTO

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ  
Doctor en Historia Contemporánea, académico correspondiente  
de la Real Academia de la Historia



ON frecuencia se ha discutido en distintas épocas y por diversos autores el carácter decisivo de la batalla de Lepanto, al menos en el terreno estratégico, pues en cuanto a los resultados tácticos del combate no cabe la menor duda.

Y es bien cierto que, pese a la abrumadora victoria de la Liga Santa, de ella no se derivó la esperable explotación del éxito, traducida en la recuperación de territorios conquistados más o menos recientemente por los otomanos. En parte por las desavenencias a la hora de formular objetivos entre los aliados: Venecia, sus perdidas posesiones en el Egeo y el Adriático; la Santa Sede, Tierra Santa y España, el norte de África. Pero lo decisivo fue el abandono prematuro y unilateral de la Liga por

Venecia, al aceptar una paz poco honrosa con Estambul, traicionando así su compromiso con sus aliados.

Pero el hecho de que los otomanos se conformaran con retener lo conseguido, ya es buen síntoma de cómo había evolucionado la situación tras la crucial victoria.

Se afirma que los arsenales otomanos y berberiscos, servidos por los grandes recursos del gran Imperio, pudieron poner a flote una flota comparable en número de buques a la perdida en la gran batalla en las campañas siguientes.

Pero una cosa era construir una galera, tarea relativamente sencilla y que podía llevar menos de un año, y otra tripularla y equiparla convenientemente. Y después de Lepanto, las galeras otomanas estuvieron faltas de remeros, siguieron siendo inferiores a las cristianas en cañones y armas de fuego en general y hasta tuvieron menos guarnición de soldados de la necesaria, por no hablar de otras deficiencias.

Lo cierto es que en los dos años siguientes a Lepanto, la flota otomana tuvo sumo cuidado en evitar un combate directo y generalizado con la cristia-

na y, en las pocas ocasiones en que el encuentro se produjo, se demostró que su inferioridad era igual o incluso mayor que en Lepanto.

Braudel afirma en su gran trabajo que lo que arruinó verdaderamente a la flota otomana fue el período de paz subsiguiente, con las sucesivas treguas, preocupados ambos enemigos por crisis que reclamaban su atención en otros frentes, sin entrar en más detalles ni discusiones.

Parece más exacto afirmar que, después de su gran fracaso, la armada otomana requería una nueva y prolongada atención y revisión en todos sus aspectos si quería seguir siendo lo que había sido hasta entonces. Renovación técnica, táctica y estratégica y nuevos hombres e ideas eran el gran esfuerzo que se imponía si quería seguir siendo un arma decisiva en el Mediterráneo, e incluso asomarse al Atlántico, donde se dirimía por entonces la hegemonía mundial.

Pero tal tarea resultó superior a las fuerzas y hasta a los deseos del Imperio otomano, pues nada o muy poco se hizo del tan necesario gran esfuerzo regenerador; y así, la otrora temible flota otomana se fue convirtiendo en una fuerza cada vez más atrasada en el aspecto técnico y menos relevante en el estratégico, confinada aún más, por su decreciente número e importancia, a una tarea meramente defensiva.

Lepanto aparece así como una batalla decisiva para el poder naval turco, pues aparte de las pérdidas en la batalla y de cómo se repusieron, el Imperio otomano dejó en lo sucesivo de tener confianza en su poder naval, se negó a realizar el esfuerzo necesario para reconstruirlo y ponerlo al día y centró toda su estrategia en la terrestre pues, al fin y al cabo, los turcos otomanos eran un pueblo de las estepas que solo se había hecho marinero por necesidad estratégica y con la inestimable ayuda de los berberiscos.

Ya la última expedición de Uluj Alí antes de las treguas con Felipe II fue un simple crucero de unas sesenta galeras que no hicieron nada de importancia. Desde entonces, la flota anual turca, compuesta por lo general de solo medio centenar de unidades, o poco más, se limitó normalmente a cruceros defensivos por el Egeo, tras los cuales volvía a sus bases sin intentar nada de relieve.

## **Las galeras del duque de Osuna**

Si faltaran más pruebas de esa decadencia naval otomana, podemos resumir rápidamente lo que lograron en el segundo decenio del siglo XVII las galeras españolas de los virreinos de Sicilia y Nápoles, sucesivamente encomendados a Pedro Téllez-Girón y Velasco, duque de Osuna, entre otros títulos, y Grande de España, gran reorganizador de dichas fuerzas navales.

Téllez-Girón consiguió tales gobiernos por sus fogosas intervenciones en el Consejo Real, al exponer la importancia estratégica de ambos territorios.

Tras estudiar en Salamanca y luchar en Flandes, obtuvo así el alto cargo.

El viaje para tomar posesión del virreinato no empezó bien: envió por delante parte de su equipaje en una galera de Sicilia, que a poco fue apresada por dos grandes galeotas berberiscas. Afortunadamente, las diez galeras de Nápoles se las encontraron poco después, capturando a las galeotas y liberando la galera, rescatando el botín.

Encontró que las galeras de Sicilia estaban muy desatendidas, pero pronto supo corregir tan drástica como eficazmente la situación.

Buscando más la calidad que la cantidad, reorganizó la escuadra de galeras dejándola en ocho buques: la *Capitana*, un buque espléndido y con una suntuosa decoración, con 30 bancos y 360 forzados, es decir, seis por remo, cuando lo habitual eran cuatro, armada con siete cañones en vez de los cinco habituales y con la guarnición reforzada por 170 mosqueteros, lo que le daba una formidable potencia de fuego. Formaron así la escuadra las *Capitana*, *Patrona*, *Escalona*, *Gerona*, *San Juan*, *San Pedro*, *Fortuna* y *Belmonte*.

Pero, aunque gran organizador y buen soldado, no tenía gran experiencia naval y además su alto cargo de virrey le impedía hacerse cargo de la escuadra, por lo que delegó su mando en manos veteranas y bien probadas.



Pedro Téllez-Girón y Velasco, duque de Osuna, por Bartolomé González y Serrano (1615).  
(Fuente: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

## Los primeros éxitos

El primer golpe lo consiguió al enviar a seis de sus galeras al mando de don Antonio de Pimentel contra Túnez. Allí tenía su base un renegado inglés, llamado Dancer, que había preparado diez veleros bien armados con los que atacar el comercio de Indias.

Las galeras llegaron de noche y por sorpresa, embarcando en los esquifes cien soldados, que se dirigieron hacia los buques fondeados, los tomaron al abordaje, haciendo huir a los sorprendidos enemigos, quemaron siete con los artificios de fuego que llevaban preparados, y sacaron del puerto a remolque el mayor de ellos, un gran buque de mil toneladas, y dos más pequeños, dando un gran golpe sin apenas pérdidas. Ocurrió la sorpresa el 23 de mayo de 1612.

De vuelta a Sicilia, las galeras se encontraron con siete de Nápoles, acordando repetir el ataque en Bizerta, que los tunecinos estaban convirtiendo en base naval, creando entre otras cosas, una nueva atarazana. De nuevo se consiguió la sorpresa y buques, almacenes y atarazana enemigos fueron quemados, con pérdida de 500 muertos por apenas diez de los asaltantes.

Los turcos quisieron tomarse venganza, haciendo lo propio en Mesina. Camuflaron el intento con dos naos bien cargadas, que simulaban ser venecianas deseosas de comerciar, estando apoyadas a alguna distancia por cuatro galeras y varias galeotas de Azán Bey. Pero Osuna no se dejó engañar, tomó las naos con dos compañías de soldados, y las galeras se apoderaron de dos de las enemigas y de tres galeotas, haciendo huir al resto.

Tomó el mando de las de Nápoles Octavio de Aragón, también soldado veterano de Flandes, que pronto pasó a mayores intentos, como el de Chicherí, en el que asaltó el castillo, con la muerte de 800 enemigos y quemó cuatro buques allí fondeados.

Fortalecido así el ánimo de las galeras, emprendió poco después una empresa mucho más arriesgada, navegando por el Egeo y a la busca de las galeras de Mahomet Bajá, que estaba por esas aguas recabando impuestos a las poblaciones. A poco las encontró, y sin dudarle, pese a que eran ocho galeras españolas contra diez enemigas, se decidió al ataque. Los turcos navegaban en una curiosa formación: con cinco galeras al frente, dos más retrasadas y tres más en retaguardia. Aquello fue aprovechado por Octavio de Aragón para acometerlas y abrumarlas antes de que se reunieran. El resultado fue que, tras una hora de combate, había apresado las siete primeras y hecho huir a las tres restantes. Solo se informó de seis muertos y treinta heridos entre los soldados españoles, aunque debió haber más bajas en tripulaciones y chusmas. El resultado fue espectacular, pues seis de las apresadas eran galearas de a 26 bancos, y de 25 la restante. Se calcula que murieron 400 enemigos, entre ellos su jefe, curiosamente hijo del Alí Pachá vencido y muerto en Lepanto, haciéndose 600 prisioneros y liberándose a mil doscientos esclavos

cristianos. Con las presas remolcadas volvieron los triunfantes españoles a Mesina, donde fueron recibidos apoteósicamente.

Hicieron por entonces los turcos un nuevo intento contra Malta, que no fue sino una sombra del gran asedio de 1565, tanto por la fuerza empleada como por su escasa determinación. Apenas desembarcados hombres, artillería y pertrechos, aparecieron por aquellas aguas las galeras de Octavio de Aragón, ante lo cual los atacantes abandonaron en tierra cañones y pertrechos, reembarcaron a toda prisa y se dieron a la fuga, no sin que las galeras de Osuna hundieran en la persecución una enemiga y apresaran otra. A tales niveles había descendido por entonces la moral de lucha otomana.

Se nombró por entonces capitán general del Mediterráneo a Manuel Filiberto de Saboya, más por su alta cuna que por sus merecimientos. De nuevo y como en Lepanto, se formó una Liga con el papado, que aportó seis galeras, y otras tantas Toscana y la Orden de Malta, cuatro de Génova y 38 de España, con un total de 60 y 12 naos con provisiones. Iban en vanguardia dos galeras de Osuna, al mando de Diego Pimentel, que a cosa de nueve millas de Navarino se topó con otras dos otomanas. A la primera andanada española cayó la entena de una de ellas, que se rindió en una hora de lucha, siguiendo luego la otra. Se descubrió que eran, nada menos, las capitanas de Alejandría y de Damietta; en ellas se produjeron 100 muertos y se hicieron 300 prisioneros, liberándose a 400 cautivos cristianos.

Pero al oír el estruendo del combate, salieron otras tres galeras otomanas de Navarino dispuestas a tomarse la revancha. Los soldados querían abandonar las remolcadas presas y confiar en la huida. Diego Pimentel se negó a ello y, aprovechando las sombras de la noche, burló a las perseguidoras, entrando triunfante en Mesina. Sin embargo, y aparte de este buen golpe, la gran expedición logró poca cosa, seguramente por la inexperiencia del jefe supremo.

## **Victorias en el Egeo y ante Estambul**

Por entonces, en agosto de 1613, Pedro de Aragón consiguió otra espectacular victoria en Chíos. Navegaba por el Egeo con sus ocho galeras cuando se vio sorprendido por la aparición de velas enemigas. Los españoles estaban fondeados en una cala y temieron ser atacados por la escuadra turca de 30 galeras que sabían patrullaba aquellas aguas. Pero la escuadra turca se había dividido en tres agrupaciones iguales, y fue una de estas, la de Chipre y Rodas, la que los atacó. De nuevo eran diez galeras turcas contra ocho españolas, pero nadie dudó del resultado: de la primera descarga a bocajarro los españoles hundieron la capitana enemiga, y luego tomaron siete más apresadas, huyendo las dos restantes.

Esta vez la victoria fue mucho más dura de obtener que las precedentes, pues se registraron 226 muertos entre los españoles, pero se hicieron 1.300 al

enemigo, se le tomaron 458 prisioneros y se liberaron 2.220 cristianos de las chusmas.

A todo esto, el duque de Osuna había dejado su virreinato de Sicilia por el más importante de Nápoles. Allí acudió con muchos de sus experimentados veteranos y con algunos de los buques de su propiedad.

Poco variaron las campañas: el 3 de septiembre de 1616, Octavio de Aragón, con ocho galeras de Nápoles y dos de Malta, encontró en las costas griegas a las doce del renegado calabrés Azán (o Arzán, según las crónicas), que llevaba consigo dos presas genovesas.

Se sucedió una dura batalla de dos días: en el primero se peleó a distancia, con la artillería y maniobrando, sufriendo los cristianos 17 muertos y 60 heridos por 75 y 200 sus enemigos, con menos cañones y menos diestros en su uso. Al segundo, viendo al enemigo ya «ablandado», se pasó al abordaje, apresando cinco galeras, hundiendo otra y recuperando las presas genovesas; el jefe enemigo resultó muerto y fueron apresados 250 turcos.

La audacia de los españoles no tenía límites, pues poco después el mismo jefe, con nueve galeras, merodeó por aguas de Estambul, llegando a cañonearlo como desafío. Salieron en su busca treinta galeras turcas, a las que se dio esquinazo por la noche. La argucia fue hacerlas seguir el fanal encendido de la capitana española, mientras las otras se ponían a salvo en lugar acordado de antemano. Cuando los turcos esperaban la amanecida para caer sobre los españoles, la capitana apagó su fanal, cambió el rumbo despistando por completo a sus perseguidores y a boga forzada se reunió con el resto. Aún siguió don Octavio la correría hasta Alejandría, tomando de paso diez grandes mercantes enemigos, los llamados «caramuzales». Y no sería la única vez que las galeras desafiaron al enemigo en aquellas aguas y le hiciesen en ellas sustanciosas presas.

En la primavera de 1617, Mahomat Asan, con seis galeras, se dedicaba a recorrer las costas de Calabria, saqueándolas. Salió a su encuentro Pedro Pimentel, con dos galeras de Nápoles y una de Malta, junto con dos fragatas de remos, que recordemos que en ese escenario y esa época eran poco más que grandes botes artillados de un solo palo, como minúsculas galeras. Incluso contra fuerzas dobles se atrevían ya los cristianos. De nuevo el combate no tuvo color: la de Malta rindió a la capitana enemiga, donde su jefe, con una pierna arrancada de un cañonazo, no tardaría en morir, se hundió otra y dos más fueron apresadas. Se liberaron 320 cautivos y se apresaron 300 enemigos.

Poco después, el duque de Osuna tuvo la humorada de enviar a tres de sus galeras, por completo disfrazadas de turcas, con tan buena maña que llegaron a hacer cundir el temor en las costas cristianas. Su jefe era el capitán Simón Costa, y su gran éxito, más por lo económico que por lo militar, fue apresar la gran galera *Sultana*, repleta de riquezas.

En 1618, Octavio Aragón, de vuelta de otro *raid* por los Dardanelos, arribó sobre la costa levantina española, con tan buena fortuna que en varios comba-

tes apresó o hundió una veintena de los muchos corsarios berberiscos que las infestaban. Al año siguiente, con seis de las suyas, acorraló y rindió a la capitana turca de Santa Maura, haciendo 60 prisioneros y liberando 180 cautivos, costándole la presa siete muertos y ocho heridos.

No era tampoco Osuna el único que se atrevía a desafiar al gran turco en sus propias aguas. Cualquier lector de la biografía del famoso capitán Alonso de Contreras sabe que este practicó el corso por el Egeo, costas norteafricanas y de Oriente Medio con una o dos fragatas de remo, las más pequeñas embarcaciones de la familia de la galera, con bastante menos de cincuenta hombres entre soldados y marineros, un mástil y un solo cañón a proa. Tampoco era Contreras ni el único ni el más afortunado de esos corsarios cristianos, y ya Fernand Braudel, en su gran obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, describe, desde Lepanto al menos y con más fuerza luego desde comienzos de siglo XVII, la magnitud de esa oleada de corsarios cristianos que no dudaron en recorrer esas aguas y las del Oriente Medio, de Egipto a Chipre.

### La prueba definitiva: Celidonia

Además, el duque de Osuna creó una pequeña escuadra de galeones, puestos al mando del capitán Francisco Rivera, toledano, ya distinguido en varios combates. Su capitana era el galeón *Concepción*, de 52 cañones; la *Almiranta*, o buque del segundo jefe en las escuadras españolas de entonces, iba al mando del alférez Serrano, contando con 34 cañones; el resto eran el *Buenaventura* de 27, al mando del alférez Urquiza; el *Carretina* de 34, al mando de Valmaseda; el *San Juan Bautista* de 30, al de Cereceda, y el patache o pequeño galeón *Santiago* de 14 cañones, al mando de Garraza. Para reforzar la pequeña escuadra se embarcaron en ella mil mosqueteros españoles. Como puede observarse, eran todos buques de tipo galeón y no de gran tamaño, salvo la capitana. Abundaban entre los comandantes de los buques los apellidos vascos, lo que prueba que Osuna pudo elegir los mandos y los hombres a su gusto fuera de los límites del virreinato, y su relativamente baja graduación, el hecho de que se trataba de una escuadra de nueva formación.

Dispuesto a llevar la guerra a aguas enemigas, Rivera recaló sobre Chipre, y tras reconocer Famagusta y otros puertos, cosechando algunas presas, se puso de crucero sobre el cabo Celidonia, esperando que el enemigo, confiado en el escaso número de sus buques, no tardaría en atacarlo.

No tardó este en presentarse el 14 de julio en forma de una potente escuadra de 55 galeras, que no dudó en que aplastaría a la media docena de imprudentes buques cristianos. Aunque los galeones eran muy superiores en combate artillero a las galeras, los turcos reunían nada menos que unas 275 piezas



Combate naval entre españoles y turcos (siglo XVII), por Juan de la Corte.  
(Museo Naval de Madrid)

contra las 95 españolas de cada banda. Y las dotaciones turcas sumaban no menos de 12.000 hombres contra los apenas 1.600 de Rivera.

Al divisar a su enemigo, Rivera ordenó a sus buques ceñir al viento con trinquete y gavia, cuatro de ellos en línea y muy juntos entre sí, popa con proa: la capitana *Concepción*, *Carretina*, *Almiranta* y *Santiago*, quedando los otros dos en retaguardia como reserva.

Los turcos se acercaron en su formación tradicional de media luna, dando por descontado que envolverían a sus temerarios enemigos. Se rompió el fuego a eso de las 09:00, durando hasta la puesta de sol, momento en que los turcos se retiraron con ocho galeras muy averiadas y escoradas por los tiros españoles, y con graves daños y bajas en todas las demás. Les había sido imposible acercarse a distancia de abordaje.

Tras una noche pasada en recriminaciones, arengas y nuevos planes, al día siguiente volvieron al ataque, acercándose más y poniéndose a tiro de mosquete, lo que no hizo sino agravar sus pérdidas, retirándose de nuevo al caer la noche con diez galeras averiadas.

El 16 realizaron su último y mayor esfuerzo, llegando por dos veces a meterse bajo los cañones de la capitana española, aprovechando su ángulo muerto en depresión. Pero el patache *Santiago*, situado precisamente a proa con esa misión, roció a las atacantes con sus piezas, haciendo que huyeran a



eso de las tres de la tarde, habiendo perdido una galera hundida, dos completamente desarboladas y nada menos que 17 más seriamente averiadas.

Según otros informes de la época, fueron cinco las galeras turcas perdidas en total, aparte de otras dos que volaron. En cualquier caso, la escuadra turca quedó virtualmente deshecha tras el combate de tres días consecutivos. Sus bajas se estimaron en mil jenízaros y otros dos mil entre soldados, marineros y remeros, pero con ser tan grandes las pérdidas, lo peor fue el haberse visto vencidos por un enemigo tan inferior numéricamente.

Entre los vencedores, las bajas fueron de solo 34 muertos y 93 heridos, causando el fuego turco serios daños en el aparejo de la capitana y del patache, que tuvieron que ser remolcados por sus compañeros. Gracias a ello y a poder navegar contra el viento con sus remos, que los galeones no tenían, la baqueteada flota turca pudo ponerse a salvo. En cualquier caso, se trataba de una gran victoria.

Aquel «pequeño Lepanto» del XVII mostró hasta qué punto había descendido la Marina otomana en todos los aspectos, fiel a tácticas y formas de combatir ya obsoletas o a punto de estarlo, e incapaz de imponerse con 55 unidades a los seis buques de Rivera.

Se podrá objetar que para entonces, los mejorados galeones y su potente artillería aseguraban ya su victoria contra un número muy superior de gale-



La galera *Real* entrando en Barcelona, por Guillermo González Aledo.  
(Fuente: [www.armada.defensa.gob.es](http://www.armada.defensa.gob.es))

ras, salvo algún imprevisto o circunstancia especial. Pero nada impedía a la flota otomana disponer de aquellos buques, de aquellos cañones y de adiestrarse en las nuevas tácticas de lucha, nada salvo la propia decadencia del imperio.

Lo más significativo de aquellas derrotas y hasta humillaciones turcas residió en dos hechos fundamentales: primero, que tuvieron como escenario principal aguas que hasta hacía bien poco eran consideradas perfectamente controladas por su flota, y segundo, y no menos importante, que fueron infligidas no por una buena parte de las inmensas fuerzas de la Monarquía Hispánica, sino solo por la escuadra de uno de sus virreinos. Más que los combates perdidos o las bajas en cada uno de ellos, tales hechos muestran el grado de la decadencia naval otomana.

### **Un significativo epílogo**

En el resto del siglo XVII los marinos otomanos se limitarán a un intento defensivo que fracasará ante la también declinante pero todavía relativamente boyante flota veneciana, para caer en el siglo XVIII y en el mar Negro, hasta entonces en sus manos, ante la joven Marina de los zares rusos.

Pero además hubo un episodio que recordaba viejas situaciones y reverdecería viejos laureles hispanos: en 1716, y en uno de sus últimos intentos de expansión, el Imperio otomano volvió a atacar a Venecia en el Adriático.

De nuevo los plañideros venecianos suplicaron el auxilio de toda la cristiandad, de nuevo medió el papa y de nuevo acudió en su ayuda España, enviando seis navíos al mando de Esteban Mary y cinco galeras con Baltasar de Guevara a la cabeza.

Asediaban por entonces los turcos a Corfú, con un ejército de 33.000 hombres y numerosa escuadra, todos al mando de Dianum Codgia, que comenzó el asedio en julio de ese año.

Mucho se habla y se debate ahora sobre la memoria histórica, pero si es cierto que tal cosa existe los otomanos demostraron tenerla excelente, pues al avistar a los españoles el 18 de agosto decidieron no tentar de nuevo a la suerte y levantar inmediatamente el sitio, dejando sobre el terreno como botín nada menos que 56 cañones y ocho morteros, aparte de tiendas, provisiones y equipajes, tan precipitada fue su retirada.

Los jefes españoles insistieron al almirante veneciano, Andrea Pisani, que el mejor plan para explotar el casi incruento éxito era perseguir y acabar con el desmoralizado enemigo. Pero los siempre precavidos y sinuosos venecianos decidieron que lo importante era recuperar las plazas de Butinto y Santa Maura, por cierto, bien cerca de los lugares donde se libraron Préveza y Lepanto.

Todo aquello se consiguió sin la menor dificultad, y las naves españolas pudieron volver a sus bases con la gran satisfacción de haber reverdecido laureles de hacía casi siglo y medio en los mismos lugares y a un precio ínfimo. Y pese a tan tajantes hechos, todavía hay quienes discuten el carácter decisivo de Lepanto.

Es cierto que los corsarios berberiscos seguirán siendo una amenaza contra el litoral sur y levantino español e italiano, y que lo serán hasta el siglo XVIII, cuando ya en el reinado de Carlos III se ponga fin a aquella guerra secular, y gracias en no poca medida al gran Antonio Barceló.

Pero, y pese a todos los daños que siguieron causando, eran por entonces una cuestión menor: una llaga molesta, no la posibilidad de una herida mortal.

### **Barba quemada y brazo cortado**

Se ha repetido la famosa frase de Selim II al enterarse de la derrota de su flota en Lepanto, minimizándola al afirmar que su flota perdida era como chamuscarse la barba, y que esta volvería a rebrotar, mientras que él había «cortado un brazo» a sus enemigos al posesionarse de Chipre.

Pero, a largo plazo, la historia mostró terminantemente que la «barba chamuscada» fue la posesión de Chipre, asunto irrelevante en la estrategia mundial de los siglos siguientes, y el verdadero «brazo cortado» fue el poder naval otomano.

Y las campañas y combates navales entre comienzos del siglo XVII y comienzos del XVIII probaron lo que había cambiado esa lucha desde los tiempos anteriores a Lepanto.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- BRAUDEL, Fernand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 2 vols.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *El gran duque de Osuna y su Marina*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1885; edición facsímil de Editorial Renacimiento, Madrid, 2006.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín R.: *Lepanto. La batalla que salvó a Europa*. Sekotia, Madrid, 2013, 2.ª edición.

Capacete español de mediados del siglo XVI.  
(Museo Naval de Madrid)

